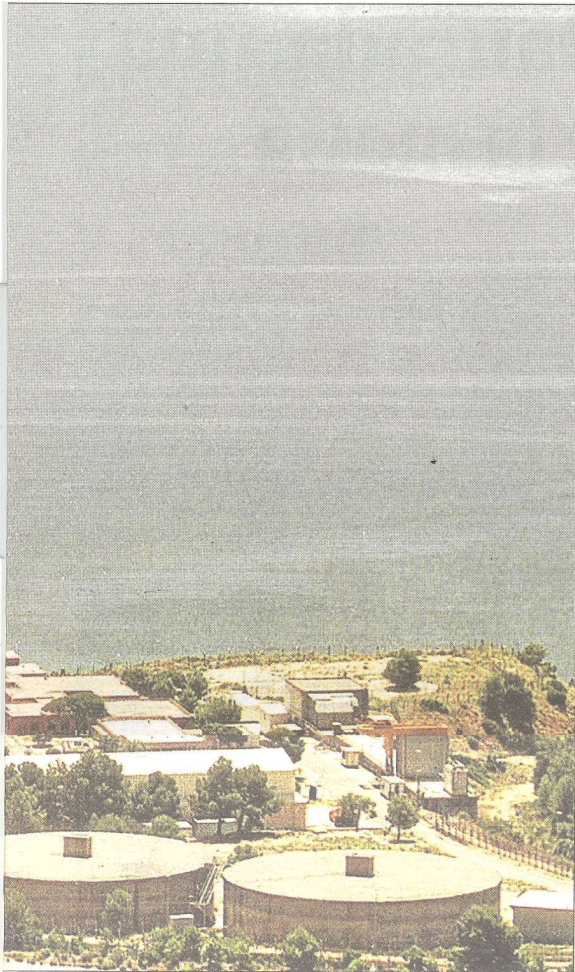




Tras varias disputas internas sobre quién y dónde se iba a instalar un reactor que iba a ser de uso civil y militar, el ministro de Industria de la época, Gregorio López Bravo, «actuó con total independencia», según se narra en el libro: «Decidió que el futuro reactor se instalase en Catalunya, en la región de Vandellòs, a 40 kilómetros al sur de Tarragona y a orillas del mar. En el lugar

El objetivo inicial de la central era doble: crear plutonio para armas y generar energía eléctrica

elegido había un búnker de la época de la guerra civil, donde solía instalarse en verano un holandés que había dicho que se marcharía de allí a cambio de una compensación económica».

En 1964 López Bravo viajó a Francia para visitar las instalaciones nucleares de Chinon. Ahí comenzó el contacto con el país galo, socio en este cometido, en el que fue clave el apoyo del general De Gaulle. Varios encuentros acabaron con la formación de una

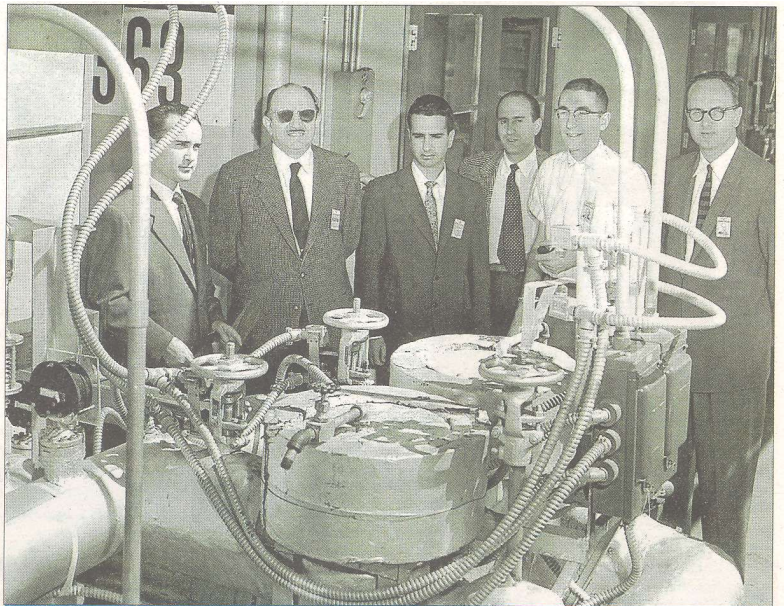
sociedad llamada Hifrensa para la construcción de la central. «El reactor costaría 455 millones de francos prestados por Francia», desgrana Velarde en su libro.

El 27 de julio de 1967 se firmó en Madrid el acuerdo definitivo que establecía que la construcción del reactor se realizaría en un tiempo máximo de 63 meses y tendría una potencia eléctrica de 480 megavatios. Sin embargo se construyó en 58 meses, cinco menos de lo previsto. La central del Baix Camp ya estaba lista para generar electricidad pero también para su uso estratégico en la ambición atómica de Franco.

No era la primera opción

Vandellòs no fue, pese a todo, la primera opción. También se barajó que un grupo de científicos de la Junta de Energía Nuclear (JEN), ya extinta, desarrollaran un reactor moderado por grafito y refrigerado por gas que, además de emplear uranio natural, era seguro. Sería un reactor de unos 30 megavatios térmicos, diseñado exclusivamente para obtener el plutonio con el que se fabricarían luego las bombas.

La idea se descartó y se apostó finalmente por una instalación mucho más potente: de 1.500 megavatios térmicos -500 megava-



Varios integrantes de la Junta de Energía Nuclear, durante la preparación del proyecto. FOTO: DT

EL ACCIDENTE PUDO ABRIR LA PUERTA A TECNOLOGÍA TERMONUCLEAR

El avance que había supuesto Palomares

■ En enero de 1966 se produjo un punto de inflexión en el Proyecto Islero a raíz del accidente de Palomares. El periplo es de sobras conocido: un bombardero americano con cuatro bombas H chocó en el aire con otro avión: de los cuatro artefactos, dos cayeron con paracaídas y quedaron intactos (uno en tierra y el otro en el mar a 800 metros de profundidad). A los

otros dos restantes no les funcionó el paracaídas y chocaron contra el suelo esparciendo parte del plutonio. El general Guillermo Velarde acudió a Palomares. Cuando llegó, los norteamericanos ya se habían llevado los restos de las bombas estrelladas en el suelo. Sin embargo, halló varias piedras ennegrecidas con una especie de esponja de plástico muy contaminada. Sin

quererlo, había dado con el secreto que permitía la explosión termonuclear -de unos 100 millones de grados- ya que esta sustancia impide el paso de ondas térmicas y de presión. Era el método Ulam-Teller, considerado de alto secreto para Estados Unidos. Aquel hallazgo habría permitido a España dar un paso más y adentrarse incluso en un proyecto termonuclear.

LA CLAVE

El control de EEUU sobre Vandellòs

■ Las presiones de Estados Unidos para que España abandonara el sueño atómico fueron constantes. El Organismo para la Energía Atómica estableció que las instalaciones nucleares españolas, y en especial el reactor Vandellòs I, tendrían que someterse al control de sus inspectores. En caso contrario, EEUU impediría la importación de componentes para las nucleares productoras de energía eléctrica que se estaban construyendo en España.

pañía. Así pues, Vandellòs era el sitio ideal para obtener el plutonio de forma discreta, mientras que se barajaba el desierto del Sáhara como lugar para las pruebas.

Los obstáculos y el desenlace

Pero con el proyecto muy avanzado llegaron los obstáculos que acabaron por abortar el sueño nuclear español. Franco, que nunca estuvo entre los entusiastas del proyecto, ordenó a Velarde detener el programa. Así lo narra el general que cree que tras la decisión del jefe del Estado estaba la intención de no enemistarse con Estados Unidos: «Me dijo que sería prácticamente imposible mantenerlo en secreto. España no podría soportar otras sanciones económicas».

Aquella aventura, siempre con Vandellòs como referente en las operaciones, entró en 'standby' durante años en busca de otra oportunidad. La llegada de Carrero Blanco a la presidencia del Gobierno, en 1973, iba a dar alas al proyecto, a pesar de los intentos de Estados Unidos para convencer a España de que desistiera.

La llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca, en 1977, multiplicó la presión sobre todos los países, incluido España, que no habían firmado el tratado de no pro-

liferación de armas nucleares. EEUU sabía que los científicos españoles estaban en disposición de fabricar bombas. Pero ni la muerte de Carrero Blanco ni la de Franco supusieron el final de un proyecto Islero que también coló la llegada de la democracia. En 1976 el ministro de Exteriores del primer gobierno de la Transición seguía insistiendo en la intención de «no ser los últimos de la lista» en tener la bomba. En 1977 se conocía el alcance proyectado para el Centro de Investigación Nuclear de Soria: 140 kilos de plutonio para fabricar 23 bombas anuales.

El presidente Adolfo Suárez mostró su interés por la carrera atómica. El general Guillermo Velarde continuaba aún en escena, pero por poco tiempo. El golpe de Estado de Tejero fue el detonante. En abril de 1981, ya con el nuevo gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo, España aceptaba las condiciones americanas y sometía sus instalaciones al control de la Agencia Internacional de la Energía Atómica. «Esto clausuraba de forma oficial el Proyecto Islero», lamenta Velarde.

En 1989 llegó el cierre de Vandellòs I tras un incendio en las turbinas. Aunque no afectó al reactor, el gobierno ordenó su desmantelamiento definitivo.